

Aurelio Viñas Escuer

Nuestros bosques

En el aprovechamiento de los recursos forestales no deberían primar los intereses económicos. Los bosques son mucho más que una industria

Viví rodeado de bosques desde que nací hasta los treinta años. Así que durante toda mi infancia y una buena parte de mi juventud, al saltar de la cama por las mañanas solo tenía que asomarme a la ventana, por encima de las aguas siempre sugerentes del río Gállego, para comprobar cómo estaba el día reflejado en el color de los bosques que me rodeaban, siempre iguales y siempre diferentes. Estaban formados mayormente por pinos, aunque no faltaban algunos robles, arbustos y algo de mata baja. Había arbustos destacados, como las seneras y las grifoleras que nos proporcionaban alimento para ser roído por nuestros sabrosos conejos domésticos, quedando por fin la ramilla para el fuego.

Los bosques visibles desde nuestra ventana, que no eran muy extensos, todo hay que decirlo, tenían y siguen teniendo tres propietarios distintos. Uno de ellos pertenecía desde hacía muchos años a una familia poco ambiciosa, dueña también de dos o tres pardinas. Otro de los propietarios, que en tiempos del feudalismo había sido el conde de Atarés, señor de la zona, lo constituía una asociación denominada sencillamente: 'Sociedad del Monte de Anzánigo', for-



LEONARTE

«Vas por la carretera y te encuentras a veces con camiones cargados de troncos de pino que parecen palillos»

mada desde su origen en 1923 por los 21 labradores que había entonces en el pueblo (uno de ellos mi abuelo paterno) y luego por los herederos. La última zona de bosque, la que cubría el denominado monte de Yeste, había sido adquirida por la Confederación Hidrográfica del Ebro, que se había apresurado a reponerlo. Este pertenecía, pues, a los 'montes del Estado', regidos

por los ingenieros de montes, que los mimaban.

Ha traído todo esto a mi mente el leer un artículo publicado el día 14 de enero en el HERALDO, firmado por Chaime Marcuello y titulado 'Desastre en los Montes Universales'. Conocí hace bastantes años estos bellos parajes turolenses de la comarca de Albarracín, conocidos enfáticamente como 'Reserva Nacional de los Montes Universales', quedé tan gratamente impresionado que, si ahora volviera a recorrerlos, creo que sentiría ganas de llorar. Porque estimo que Marcuello, en ese artículo que ha despertado alguna polémica, se limita a decir pura y escuetamente la verdad. Si,

con el pretexto de aclararlos y la teoría de sanearlos, hay dudas sobre algunos destrozos que se están haciendo ahora en los 'montes del Estado', cuya titularidad anda algo confusa, puesto que también la autonomía de Aragón ha entrado en la salsa, solamente hay que darse una vuelta por los que, con la vieja denominación, rodean Anzánigo y La Peña, tales como Yeste, Ordaniso, Cerezún, La Carrosa, Oruén... Vas por la carretera y te encuentras a veces con camiones cargados de troncos de pino que parecen palillos.

De los montes se ha sacado madera siempre, sobre todo pinos. En La Peña llegó a haber tres serrerías. Pero se optaba por los más viejos y los más gruesos. Y si los que quedaban, al ser jóvenes, estaban un poco espesos, tanto mejor. Y los caminos eran simples senderos; no corno ahora que podría circular por ellos un avión con las alas desplegadas. Lo que no servía para madera se recogía corno leña y no se dejaban esos tocones que vemos ahora y parecen decirlo todo. ¿Y por qué se procede así? Yo creo que se piensa más que nada en los intereses económicos del momento. Se mira a los bosques como si se tratara de simples industrias. Y a los montes hay que dotarlos de inversiones, no pensar en exigirles beneficios industriales. Con que nos ayuden a respirar es suficiente. Pero no seamos demasiado pesimistas. Recordemos una vez mas la frase de Martín Lutero: «Aunque supiera que el mundo se acababa mañana, no dudaría hoy en plantar un árbol». Solo que ello requiere dignidad. Y en la actualidad queda muy poca.